

Quito, Noviembre 24 de 1961



Muy amados Hermanos:

Hubiese querido antes de ahora hacer llegar hasta vosotros esta Carta necrológica; pero circunstancias de veras apremiantes me lo han impedido.

En el espíritu de todos debe haber quedado idéntica impresión al recibir el telegrama que anunciaaba la muerte del amado y por todos venerado

Sac. Valentín Koronowski

llamado por los que le hemos conocido con el dictado cariñoso de PADRE VALENTIN: ha pasado a Dios un varón santo y se ha conseguido un intercesor más ante el Señor.

No de otro modo que con el tesoro de sus virtudes ha pasado entre nosotros, callado y casi desapercibido, este querido hijo de Don Bosco.

Desde su venida al Ecuador en 1927, hasta su preciosa muerte el 20 de Setiembre de este año, lapso no pequeño de tiempo, la vida del Padre Valentín transcurrió siempre en las casas salesianas de Quito, donde dedicó sus actividades a la docencia en el Aspirantado y Teologado, y, sobre todo, a la atención y cuidado espiritual de todos los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, desde que éstas se establecieron en la Capital del Ecuador.

Pocos Salesianos habrán tenido un campo tan vasto de apostolado en el santo Tribunal de la Penitencia como el Padre Valentín. Admiraba verlo desde la mañana preocupado por su trabajo, puntualísimo a las funciones religiosas en las cuales nunca faltaba al confesonario, dándose paternalmente a sus penitentes, para luego de tomado su desayuno encaminarse a los Establecimientos de nuestras Hermanas y confesar a sus niñas y jóvenes hasta cerca del mediodía. Después de almuerzo, rezaba su santo Breviario e inmediatamente salía de nuevo para continuar su trabajo en los lugares que le correspondían: Nunciatura Apostólica, Noviciado de las Hermanas, Instituto Superior de Filosofía y Pedagogía, Colegio Spellman de niñas, Pensionado La Salle, Escuela de San Blas, Oratorio Festivo Luis Chiriboga B., etc., etc., Tarde, y en veces entra-

da ya la noche, retornaba el venerado amigo de las almas de su diaria faena, con el santo Rosario entre sus dedos, todo recogido, todo ensimismado, y subía hasta su cuarto para tomar un ligero descanso y dedicarse a sus lecturas ascéticas en los pocos momentos que le separaban de la cena.

Este horario, lleno siempre y nunca exento de sacrificio, tuvo el amado extinto desde hace cosa de veinticinco años a esta parte, pues antes del establecimiento de nuestras Hermanas en Quito, él confesaba a todas las Casas de los Hermanos Cristianos, y esto le significaba un dispendio no pequeño de tiempo.

Consideró siempre el santo confesonario como una palestra de formación espiritual y de bien inmenso; por esto nunca omitió usar con cada uno de los penitentes aquel esmerado cuidado que usa un corazón de veras paternal con sus amados hijos: ninguna prisa, ningún reproche, ninguna demostración de cansancio y sí toda paternidad y longanime corazón con todos, pequeños y grandes.

Con los sacerdotes su esmero formativo era mucho mayor. Uno de ellos que le conoció de cerca y disfrutó de su dirección y confianza escribe lo siguiente: "Durante nueve años cuántos hermosos consejos he recibido del Padre Valentín como mi director espiritual. Con insistencia bondadosa tuvo la costumbre de repetirme lo siguiente:

Jesucristo pide al sacerdote en la tierra:

- 1º—Gratitud y amor hacia su sagrada persona.
- 2º—Celo ardiente por las almas, especialmente sacerdotales.
- 3º—Olvido propio y recuerdo continuo de El y de las almas.
- 4º—Lustre y esplendor para su Iglesia en todos los actos.
- 5º—Esmerado cuidado de cuerpo y alma, especialmente en la Santa Misa.
- 6º—Respeto profundo a la acción de Dios en las almas, que actúa siempre por medio del Confesor y de los legítimos Superiores.
- 7º—Irradiar y contagiar pureza semejante a la que se halla en el Corazón de Jesús.
- 8º—Aprecio de la propia dignidad sacerdotal, unido siempre a profunda humildad y sencillez.
- 9º—Unificación del sacerdote con la Trinidad Augusta, por una perfecta transformación suya en Jesús, imitándole como "alter Christus".

"Estos consejos que el P. Valentín daba a menudo a sus penitentes sacerdotes —continúa diciendo el citado Padre— los practicaba por primera vez de modo verdaderamente ejemplar. Y esto durante toda su vida sacerdotal, como programa de su Primera Misa y desde su juventud.

En pocas palabras: todo lo que era conforme a verdad, lo que respiraba pureza, todo lo que era justo y justificaba ante Dios y los hombres, todo lo que sirviera al buen nombre de Cristo, de su divina Madre, de la Iglesia santa y de nuestra amada Congregación; toda virtud, toda disciplina loable y digna de un buen religioso, ESTO CONSTITUÍA SU UNICO ESTUDIO Y SU VIDA".

No he hallado palabras más expresivas que éstas para trazar una silueta del espíritu sacerdotal del Padre Valentín y de su acción como Padre de las almas. Un hombre que tanto insistía sobre la necesidad de vivir unidos a Dios y conformar nuestra vida y acciones a la vida y acción de Jesucristo que debe vivir en nosotros; un hombre que daba a la acción santificadora del Espíritu Santo el valor máximo en la vida del cristiano y mucho más del sacerdote, porque de la gracia como de divino manantial fluye todo bien sobrenatural al alma; un hombre que se mostraba incansable en pedir que nunca se aparten nuestros ojos de contemplar la grandeza, santidad, pureza y fecundidad infinitas de la Trinidad Santa, daba a ver a las claras que su espíritu se mantenía como saturado de estos pensamientos, de estos principios y móviles arcanos que conducen a vivir habitualmente con Dios.

El pensamiento de la muerte le fue familiar, porque veía en ella el posterer eslabón de la cadena terrenal que lo separaba de Dios. Y el Padre Valentín pensaba mucho en el Cielo. Cuando en más de una ocasión se le preguntó por qué motivo no había solicitado volver a Polonia para ver a sus parientes —tiene aún dos hermanos vivos—, respondió siempre de la misma manera: “¿Para qué? No vale la pena volver a la patria; vale la pena pensar en volver al Cielo, nuestra verdadera patria”.

A un connacional suyo, el R. P. Ladislao Klinicki, que se despedía en este Agosto último, porque debía retornar a Cuenca, el Padre Valentín le dió como recuerdo una estampita en cuyo reverso estaban escritas de su puño y letra estas palabras del grande Agustín de Hipona: “Nos creaste, Señor, para Tí y nuestro corazón estará inquieto mientras no descance en Tí”. Quiso sin duda el querido Padre dejarle una constancia escrita del pensamiento que más dominaba su vida en este atardecer de su ancianidad, tan diáfana, apacible y fragante de virtudes y méritos.

Hombre sano el Padre Valentín, hombre de una vida acabadamente metódica y ordenada en los mínimos detalles, apenas sí tuvo en los 34 años de permanencia en el Ecuador sino ligeras indisposiciones de salud que nunca le impidieron atender a sus deberes y ocupaciones ordinarios.

El mes de Julio último fue sorprendido por un muy benigno derrame cerebral que le privó de la soltura de palabra, sin impedirle por ello continuar en las atenciones de confesonario, por lo menos con la Comunidad.

La atención médica esmerada lo fue mejorando paulatinamente, con fundada esperanza de que una constitución tan sana y robusta como la suya, lograra superar esta crisis. Pero causas desconocidas que trabajaban en su organismo determinaron, a la vuelta de un mes, un segundo golpe más recio que el primero; entonces sí vino un debilitamiento de la mente, unido a dificultad de expresión que terminó a poco con casi completa pérdida de la palabra y amortiguamiento de la mitad del cuerpo.

Todo empeño por combatir el mal resultó ineficaz; a esto vino a sumarse el debilitamiento del corazón, y en menos de tres semanas aquella naturaleza tan firme y estructurada se desplomó.

Consciente de su estado de gravedad, se creyó conveniente administrarle el Sacramento de la Sagrada Unción, que recibió de manos del suscrito, rodeado de todos los salesianos de la Casa Inspectorial. Le fueron administrados asimismo todos los demás Sacramentos que confortan al paso supremo, con enorme consuelo suyo y edificación de los Hermanos.

Tuvo un día y medio de grande angustia por dificultad de respiración, y el 20 de Setiembre, a las 9,15 p.m., confortado con la presencia de sus cohermanos, su alma santa voló a Dios mientras el Director de la casa rezaba en el Ritual la invitación de esperanza: “Sal, oh alma cristiana, de este mundo!”

Se han cumplido en este amado hijo de Don Bosco las palabras del Libro del Apocalipsis: “amodo jam dicit Spiritus ut requiescant a laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos”. Ha descansado ya de sus afanes, de su diario transitar por las calles buscando a las almas, de su largo estarse en el confesonario, inclinado sobre la miseria humana para dignificar lo caído y deformado y construir, por el perdón divino y la gracia, los templos santos de Dios.

Nuestro Padre Valentín se apropió para el sagrado ministerio del confesonario que fue la gran palestra de su vida sacerdotal, las palabras del Profeta que leemos en el Santo Evangelio aplicadas a Jesús: “No rompió la caña cascada, ni extinguió la mecha que estaba aún humeante”; es decir, que nunca desesperó del mejoramiento de un alma y jamás se cansó de ensayar por su bien los recursos inagotables de su corazón, inmenso por bondad y paciencia.

En el devoto y conmovido funeral que tuvo como participantes a los seis

Comunidades de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora de la Capital, lo mismo que a varias Comunidades Religiosas que mucho debían al Padre Valentín; lo mismo que en el Camposanto, donde la palabra sentida y oportuna de un cohermano le dió la despedida, nos hizo pensar que estábamos junto a despojos mortales que llevaban ya el sello consagrado de la santidad.

El Excmo. Señor Nuncio Apostólico que durante la enfermedad lo había visitado más de una vez con demostraciones de afecto de veras paternal, quiso estar representado en los funerales por el Auditor de la Nunciatura Apostólica, demostrando así lo dolorosa que consideraba esta pérdida y su aprecio y condolencia para los hijos de San Juan Bosco.

Consigno para terminar esta Carta, algunos datos relacionados con nuestro amado difunto.

Nació en Kopaszewho —Polonia— el 7 de Febrero de 1879 de Lucas Koronowski y Agnieszka.

Hizo el Noviciado, previamente admitido por el Vble. Don Miguel Rúa, en Lombriasco en Setiembre de 1904. Profesó al año siguiente, siendo su Maestro de Novicios el Rdmo. Don Julio Barberis.

Vino después a México, donde cumplió sus estudios filosóficos y teológicos, recibiendo el sacerdocio en Puebla de los Angeles, donde celebró la Primera Misa el 20 de Mayo de 1917.

Después de casi 25 años de estar en México, pasó a Cuba por motivo de la persecución de Calles y allí permaneció casi 3 años.

De Cuba fue por unos meses a Europa, a visitar a su familia y de retorno fue destinado al Ecuador, donde ha permanecido sin moverse más al Exterior por 34 años.

Estaba acercándose a sus Bodas de Oro Sacerdotales y con qué cariño y devoción las habríamos celebrado en Quito, donde vivió toda su vida de Ecuador. El Señor ha dispuesto diversamente y nosotros acatamos sus arcanos designios.

Nos queda una enorme confianza en la intercesión del amado Padre Valentín; contamos con ella para el desarrollo, fortalecimiento y mejor organización de nuestras obras en las dos casas donde aletea sin duda su espíritu: el Instituto Superior de Filosofía y Pedagogía y el Colegio Don Bosco.

Para todos, salesianos proyectos y jóvenes, el Padre Valentín es modelo de verdaderos salesianos y de celosos sacerdotes. Que el recuerdo santo de su persona sirva para estimularnos a una vida siempre más rica en obras buenas, sin tener jamás preocupaciones de buscar en esta tierra un renombre, una celebridad, un prestigio mundanos, que si pueden valer para que el nombre de la Congregación sea más considerado y admirado, no dejan de ser también un peligro para nuestro amor propio, tan ligero y de tan poca base de virtud. Esa piedad profunda, esa humildad de altos quilates y el amor a la obediencia que hicieron del Padre Valentín "el hombre de Dios", nos sirvan de pauta para la adquisición de una personalidad religiosa que perdure fuera del tiempo y deje hondas huellas en el alma de las generaciones que viven de nuestro ejemplo.

Os imploro sufragios por su bendita alma, aunque estoy convencido de que ha recibido ya el premio de los Justos. Tened también un recuerdo por las graves necesidades de nuestra Inspectoría y por quien inmerecidamente se profesa afomo, en Don Bosco,

P. ANGEL M. CORREA H.
Inspector

DATI PER IL NECROLOGIO.—

Sac. KORONOWSKI VALENTINO † a Quito (Equatore) il 20 settembre 1961
a 82 anni di età.